

SAFIRA.

Drama en cinco actos y en prosa.

卷之三

• AMERICAN JOURNAL

卷之三

• 133 •

October

ATLANTIC COAST

ORIGINAL

• 0737

EDWARD MURRAY

• 114 •

• 60 •

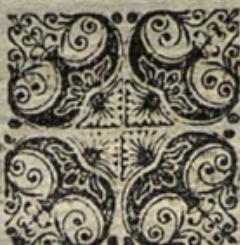
CHAS. POE

三

—WORK IS NOT DEPICTED

Doña Manuela Cambronero

de la Peña.



VALLADOLID.

IMPRENTA DE D. JULIÁN PASTÓR

1842.

PERSONAS.

SAFIRA.	<i>no y acto</i>	<i>bre tambien de</i>
DOÑA GIMENA.		MAAMUT.
BLANCA.		D. RAMIRO.
MARGARITA.		D. ARNALDO.
D. LOPE GARCIA.		NUÑO.
D. MANRIQUE.		TELLO.
LUIS.		GONZALO.
ANTONIO, <i>con el nom-</i>		

Sacerdotes y pueblo.

La Escena pasa en Segovia
en el año de 1409.

Este Drama, es propiedad de la Autora, quien
perseguirá ante la ley al que le reimprima ó re-
presente sin su autorizacion, conforme á lo dis-
puesto en la Real orden de 8 de Abril de 1839.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Lope, con puerta al foro y otra á la derecha del actor.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO Y MARGARITA, estarán poniendo sobre una mesa botellas, vasos y algunas bandejas con dulces.

MARG. Acabemos pronto Nuño, no tardarán en venir.

NUÑO. Ahora están en el cuarto de mi amo, hasta que cuente todo lo que le ha pasado... ¡pobre Señor Manrique! no dejarán de haberle sucedido buenas cosas, dos años prisionero con esos pícaros moros... ay Dios! es un milagro el que haya vuelto.

MARG. ¿Le has visto?

NUÑO. No, y tú?

MARG. ¿Pues qué he de hacer mas que verle? yo que le he visto nacer, que le

he dormido tantas veces en mis brazos, que no he dejado de llorar en su ausencia ¿podia saber que estaba en casa y no correr á abrazarle?

NUÑO. ¿Es tan hermoso como antes?

MARG. Lo mismo: un poco mas moreno, efecto del camino.

NUÑO. ¡Que contento estará mi Señor!

MARG. Lloraba de placer, y no cesaba de mirarle.

NUÑO. ¿Y el señorito Luis?

MARG. Puedes figurarte cual será su contento recobrando á un hermano, que creia ya sin vida; pero mi amo sobre todos; ya se vé, les quiere como si fueran hijos, y verdaderamente ellos no han conocido otro Padre; quedaron huérfanos de muy tierna edad, y desde entonces no han salido de casa de su tio.

NUÑO. Pues si no hubiera salido de esta casa D. Manrique, no le hubieran hecho prisionero.

MARG. Quiero decir, que han estado bajo su protección.

NUÑO. Pero mi amo no hace bien en casar á su hija siendo tan hermosa, con un hombre sin mas bienes que la armadura, si acaso se la dejaron los infieles.

MARG. ¿Y quién la merece mejor que él? tan noble, tan virtuoso... ademas se quieren desde niños, y D. Lope no

desea mas que la felicidad de Gimena; no conoció todavia el mérito del hombre á quien tienes el honor de servir; tambien en su juventud vertió su sangre en defensa de su Patria, y un señor á el cual salvó la vida en una batalla, le dejó esta casa cuando murió, y bastante cantidad de dinero; después casó con una señorita hermosa, que murió al tiempo de dar á luz la mejor de todas las hijas; desde aquella época se dedicó únicamente en su educación, y han pasado diez y nueve años, sin que su dicha haya sido turbada, mas que con la prision de su sobrino; creeme Nuño, aunque un principe pidiese á su hija por esposa, si á ella no le agradaba, no la sacrificaría por ambicion.

NUÑO. (*Yendo hacia la puerta del foro.*) Calla que ya vienen, pero no solos.

MARG. D. Ramiro y D. Arnaldo, dos amigos que tambien han ido á recibirle; ya llegan, todo está en orden, vamos.

ESCENA II.

**D. LOPE, MANRIQUE, RAMIRO,
ARNALDO Y LUIS.**

D. LOPE. (*Se acerca á la mesa y llena los vasos.*) Vamos señores, hemos anda-

do mucho y el estómago se resiente; brindad conmigo á la destrucción de los infieles. (*beben.*)

LUIS. Y por la felicidad de mi hermano. (*beben.*)

MANR. (á *D. Lope.*) ¡Y Gimena Padre mio? deseo verla.

D. LOPE. Estará vistiéndose, pues no era regular que recibiese á su futuro en traje de casa; no pensaba que viniesemos tan pronto, y ademas estoy seguro que se habrá probado todos los vestidos, y con ninguno se halla á su gusto.

LUIS. Mirala, ya viene.

ESCENA III.

Dichos y GIMENA. Entra por el foro, todos la saludan, Manrique se acerca á ella inclinando una rodilla en el suelo y la besa una mano.

MANR. ¡Gimena, cuan feliz soy en verte!

GIM. Levanta del suelo Manrique, y abrazame.

MANR. (Coje por la mano á Gimena y la lleva á un lado de la sala, *D. Lope, Ramiro, Arnaldo y Luis,* unos beben y otros se pasean.) ¡Amor mio! cuanto he padecido en mi larga ausencia, no te apartabas de mi memo-

ria un solo instante, y al pensar que acaso no volveria á mirarte, llamaba á la muerte sin cesar; y tú ¿has suspirado por mí? ¿me amas con el mismo ardor, que antes de mi partida?

GIM. Preguntále á mi padre, á tu hermano, ellos te dirán las lágrimas que he derramado; recorria frenética todos los sitios donde en tiempos mas felices habia estado contigo, leer tus cartas, hablar de tí, era mi única delicia.

MANR. Calla, ángel mio, es tal la dicha que disfruto en este momento, que me parece sueño todo cuanto me rodea. ¡Ay si asi fuese! que horroroso seria despertar!

GIM. Te habrán hecho padecer mucho ¿no es verdad? cargado de cadenas en oscuras prisiones...

MANR. Nada he sentido tanto como estar lejos de tí.

GIM. Y ¿como has logrado burlar á los que te guardaban? si te hubiesen sorprendido, al tiempo de fugarte, habrias perecido sin remedio?

MANR. Ciertamente; pero el cielo no me abandonó.

D. LOPE. (*Coje por la mano á Manrique y Gimena.*) Señores, vez á mis hijos, dentro de ocho dias se celebrará su enlace.

MANR. Padre mio ¡tanta bondad! me haceis
el mas venturoso de la tierra.

P. LOPE. Bien lo mereces querido mio.

ARN. Vamos Ramiro, Manrique necesita
descansar, tiempo nos queda para
vernos, ahora ya estás libre. (á
Manrique.)

RAM. Amigo no te deseo mas que felici-
dades; hermosa Gimena, á Dios.
(*Vanse Ramiro y Arnaldo y D.*
Lope por el foro, Manrique les acom-
pañá hasta la puerta, Gimena mar-
cha por la derecha.

ESCENA IV.

MANRIQUE Y LUIS.

MANR. Ven querido hermano, deseaba es-
tar contigo á solas; quiero franquear-
te mi corazon.

LUIS. Me parece que la relacion que has
hecho de tu esclavitud, no es ver-
dadera.

MANR. Lo has adivinado Luis, eso es lo que
iba á decirte, quiero empezar desde
la batalla cruel donde me hicieron
prisionero; pero habiamos consegui-
do antes una completa victoria so-
bre el enemigo; cuando ya los mu-
sulmanes huian desbaratados, mi
caballo recibió una herida; con la
fuerza del dolor y arrojando por la

boca espuma y sangre, dió una larga carrera, y sin que todas mis fuerzas fuesen bastantes para detenerle, me alejé de mis compañeros y cayó sin vida: algunos moros fugitivos me cercaron; me defendí mientras pude; pero al fin, cubierto de heridas perdí el conocimiento, ignoro lo que me pasó; pero al volver en mi acuerdo, me hallé en horrorosa prisión echado sobre unas pajas: una mano piadosa había bendado mis heridas, con lo que me hallé muy aliviado. Algunas horas pasé en tan triste situación, cuando abrieron la puerta de mi calabozo pensé serían los verdugos; pero ¡cuál fué mi admiración al ver entrar una mujer joven y hermosa!

LUIS. Y ¿era mora aquella mujer?

MANR. Sí; inclinóse á mí, y me preguntó como me hallaba; después añadió: "cristiano, tu ibas á morir, pero me he interesado por tí, y no morirás, mientras Safira respire; diré que has perecido de resultados de las heridas, y todos menos yo, ignorarán tu existencia;" desde entonces se mejoró mi lecho, mi alimento era bueno, y no perdonaba medio de hacer mas dulce mi cautiverio.

LUIS. Y tú la amaste ¿no es verdad querido Manrique?

MANR. No, no, al contrario, la debia la vida, veia su esmero en complacerme, y con todo no sé que disgusto se apoderaba de mí al verla continuamente, me recordaba el peligro que corría vieniéndome á ver, y se reprendia el haber salvado la vida á un enemigo; al fin un dia me declaró que me amaba, y que sus deseos eran que dejase yo mi religion, y me hiciese su esposo.

¡Que horror! que horror! y ¿qué respondiste?

MANR. Que no concibiese la menor esperanza, pues moriria primero que hacer traicion á mi Dios, y á mi patria; tambien hablé de Gimena, entonces se enfureció, me amenazó con la muerte mas cruel; pero no hice caso, y me resigné á morir.

OLUTS. ¡Alma grande y generosa, como me envanezco en ser tu hermano! pero concluye ¿como saliste del poder de aquella infame mora?

MANR. No la dés ese nombre; no era mala, al menos para mí; de un genio estremadamente soberbio, se dejaba llevar de la cólera; pero pasados algunos momentos se arrepentia, y me pedía perdón: cuando estuve del todo restablecido, me llevó un joven cristiano, que había comprado solo con el objeto de que me hiciese compa-

ñia; pero mas que mi amigo, era
carcelero; cuasi no le veia mas que
cuando me traia de comer; pero era
muy amable, y me mostraba bas-
tante cariño; una noche le convidé
á cenar y le hice beber mucha can-
tidad de vino, é inmediatamente que-
dó dormido con un sueño profundo;
me apoderé de la llave de mi en-
cierro y logré fugarme, solo encon-
tré un centinela á quien di algunos
regalos que habia recibido de mano
de Safira, y que no habia podido
reusar por no verla en uno de
aquellos arrebatos de rabia, que te
he dicho la eran muy frecuentes, y
me vi libre: caminaba de noche, y
me ocultaba de dia; asi anduve has-
ta salir del territorio enemigo. To-
do lo que tenia relación con la mo-
ra, lo h̄e ocultado por evitar disgus-
tos á mi querida.

LUIS. Y ¿que sería del pobre cristiano cuan-
do al despertar se hallase sin tí?

MANR. Algunas veces lo he pensado, pero
como le embriagué, ya se conocía
que no tenía parte en mi fuga.

LUIS. Con todo, no hubiera querido ha-
llarme en su lugar; Safira en el pri-
mer momento de cólera, ataso le
habrá hecho perecer.

MANR. ¡Oh no digas eso Luis! me haces
temblar.

ESCENA V.

*Dichos y NUÑO.***NUÑO.** (*á Manrique.*) Señor.**MANR.** (*abrazandole.*) Mi buen Nuño.**NUÑO.** Querido señorito, un joven pregunta por vos, yo no os quería decir nada porque necesitais descansar, pero se ha sentado á la puerta, y dice no se marchará hasta que os vea.**MANR.** Dile que entre, (*vase Nuño.*) ¿quien será?**LUIS.** Algun conocido que habrá sabido tu llegada y viene á verte.

ESCENA VI.

*Dichos y ANTONIO.***MANR.** ¡Antonio!**ANT.** ¡Oh amo mio! ya soy feliz, pues vuelvo á veros.**MANR.** (*á Luis.*) Este es el joven cristiano, de quien te hablaba hace un momento; mas dime Antonio; ¡como has logrado fugarte tu tambien?**ANT.** ¡Ah Señor! me iban á quitar la vida; ¡si vieraís cuando fué Safira y me halló durmiendo, y que vos ha-

biais huido! se apoderó de ella el mayor furor, tenia el puñal alzado sobre mi pecho, cuando desperté en vano juré que era inocente; no dió crédito á mis palabras, y me sepultó en una prision horrible; pero en mi desesperacion hallé medio de abrir una ventana que había clavada, y conseguí verme libre. He andado dia y noche, sufriendo la mayor miseria; pero os encuentro bueno y generoso como antes, y estoy seguro que no me abandonareis; no tengo padres, hermanos ni parientes, y solo deseo morir en vuestro servicio.

MANR. Tu fidelidad me admira, quedate en hora buena, Antonio esta es tu casa, vivirás en ella todo el tiempo que sea de tu agrado.

ANT. Señor ¡como podré mostráros mi gratitud! dadme vuestra mano la beso de rodillas; ¡ah señor! todos los dias rogaré por vuestra felicidad.

MANR. Gracias querido y fiel Antonio, cuando recuerdo que por culpa mia has estado espuesto á perecer, me estremezco ¡cuán poco eonocía tu corazon! di ¿me perdonas haberte dejado espuesto á la venganza de la furiosa Safira?

ANT. No me hableis mas de eso señor, ya lo he olvidado, ademas ¿no me pagais

demasiado admitiéndome en casa? no olvidaré jamás este momento.

MANR. Ni yo tampoco amigo mio, pero me olvido de que has caminado á pie, estarás cansado y falto de alimento; aquí en esta mesa hay dulces y vino, acercate y toma alguna cosa mientras llega la hora de comer. (*Acércase Antonio á la mesa, y come con ansia.*)

LUIS. (bajo á Manrique.) Ves, no come, devora, pobre hombre, dejemosle solo y estará con mas libertad.

MANR. Luis, tengo que salir con precision ¿quieres acompañarme?

LUIS. Con mucho gusto.

MANR. (á Antonio.) A Dios hasta luego, voy á decir á mi padre que estás aqui.

ANT. El cielo os guarde Señor.

ESCENA VII.

ANTONIO, *deja de comer y recorre la Sala.*

ANT. ¡Pobre Manrique! no puedes figurarte quē Safira está en Segovia, en una casa inmediata á la tuya... ¡con que facilidad se engaña á un hombre de bien! he hecho mi papel divinamente, he mentido á las mil maravillas, pero... lo primero es ocultar

alguno de estos pasteles para que
 crean los he devorado ¡pobre hom-
 bre dirán, que hambre tenia! (Se
 acerca á la mesa, toma algunos dul-
 ces y los guarda.) Ahora veamos
 á donde dá esta puerta, (va á la de
 la derecha la abre despacio y mira)
 á un pasadizo... pues señor, lo que me
 resta que hacer, es proporcionarme
 llaves de todas las puertas, para que
 Safira entre cuando la acomode, es-
 to es lo que me ha mandado... pero
 cuál será su designio al venir aquí?
 lo ignoro, mas ¿qué me importa? yo
 la he acompañado por mi interés, y
 luego tampoco me quedaba otro re-
 curso... no me olvidaré de sus pa-
 bras: "Maamut, el modo de que yo
 crea no has tenido parte en la fu-
 gá de mi prisionero, es viiendo
 conmigo á Segovia, y dedicarte
 núnicamente á obedecer mis man-
 datos; escoje, ó la muerte, ó este co-
 frecito"... ¡oh! mis ojos se deslum-
 braron con la vista de aquella caja
 llena de oro y pedrerías, y formé
 la resolucion de servirla; pero ¿qué
 valor el mio al decirla que si me
 juraba ser mi esposa no saldria de
 Granada! y ella lo juró y me abor-
 rece... yo la amaba, pero ahora la
 aborrezco tambien; durante el cami-
 no, he podido conocer su jenio y el

ódio que me tiene... seré su esclavo,
fingiré amarla hasta que sea dueño
del tesoro que me ofreció, entonces
¡con tanto oro...! que placer! en cual-
quier parte del mundo encontraré
una muger, sino tan hermosa al me-
nos que me tenga mas cariño.

ESCENA VIII.

ANTONIO Y NUÑO.

NUÑO. Antonio.

ANT. (acerándose á nuño con aire hu-
milde.) Señor.

NUÑO. ¿Estais solo? venid conmigo, venía
hambriento. (mirando á la mesa.)

ANT. Vuestro amo ¿está en casa?

NUÑO. Si.

ANT. (juntando las manos en ademan de
síplica.) ¡Oh! llevadme á su presen-
cia, quiero postrarme á sus pies, y
darle gracias por el buen acogimien-
to que he tenido en su casa.

NUÑO Vamos pues.

ANT. (aparte.) Si, vamos ¡á engañarle
tambien!

ACTO SEGUNDO.

Jardin de casa de D. Lope á la derecha, una puerta que comunica con la casa en el fondo, otra pequeña que figura dar á la calle, cerca de la principal habrá un pedestal con una estatua, es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SAFIRA Y ANTONIO, entrando por la puerta del fondo.

SAF. No cierres la puerta Maamut, para poder marchar mejor; pero ¿sabes de cierto que vendrán aquí esta noche?

ANT. Así lo han dicho, porque Manrique no ha visto el jardín después de su llegada, y como por el dia hace tanto calor ha dejado el verle para esta noche.

SAF. ¿Y estás seguro que no sospecha nada de tí?

ANT. Ya te he dicho que cada dia me quiere mas, continuamente hace de

mi las mayores alabanzas, y aunque la mayor parte del dia lo paso fuera de casa, no me hace la menor pregunta.

SAF. ¿Te habla alguna vez de mí?

ANT. No por cierto.

SAF. (aparte.) ¡Ingrato ha olvidado cuan-
to me debe! mas no importa, algun
dia jemirá bajo el peso de mi ven-
ganza, (volviéndose á Antonio.) ve-
te Maamut.

ANT. ¡Vaya un modo atento de hablar-
me! y ¿que quieres hacer sola?

SAF. Nada.

ANT. Acabemos ¿cuál ha sido tu objeto al
venir á Segovia?

SAF. Vengarme de Manrique, por haber-
se fugado de Granada, y no hemos
de marchar de aquí hasta hacerle
completamente desgraciado.

ANT. Cualquiera en su lugar hubiera he-
cho otro tanto; estaba preso, se esca-
pó, no veo en ello ningun crimen.

SAF. ¡Silencio insolente! cuidado con ha-
cerme mas preguntas.

ANT. Yo te he ofrecido ayudar en todo,
sin cuidarme de saber tus secretos;
pero para cumplir mi promesa, ne-
cesito que me recuerdes la tuya.

SAF. Pues bien, escucha: cuando se halle
satisficha mi venganza, te daré mi
mano y mucho oro, ¡sí, mucho oro!

ANT. Gracias, amable Safira, el oro es el

que deseo, pues tú mano la reuso.
(aparte.)

SAF. Déjame sola.

ANT. A Dios querida ¿me amas mucho?

SAF. Mas que á mi vida.

ANT. (acerándose á Safira y tomándola una mano.) A Dios ¿que bien finge la taimada! (vase por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

SAFIRA.

SAF. (mirando hacia el lado por donde marchó Antonio.) ¡Ah! como te odio perverso! la sed de oro te haría cometer las mayores atrocidades... y crees que descedería yo hasta ti y seria tu esposa! insensato! hombre el mas vil y despreciable de el universo... al lado de una furia viviría mas tranquila que no al tuyo. ¡oh! me hiere su mano cuando toca la mia, y tengo que decirle que le amo!... horrible situación, tormento insoprible... no se puede vivir así, deseo la muerte... pero primero mi venganza, vea yo sin vida á esa rival que detesto, y despues la vida ó la muerte... todo me es igual (dá algunos pasos con precipitacion, despues se

acerca á la puerta de la derecha y escucha un momento.) ya vienen, ya se acercan... ¡Maldicion! (se oculta detrás del pedestal.)

ESCENA III.

DOÑA GIMENA, MANRIQUE Y SAFIRA, oculta.

MANR. ¡Que noche tan apacible, Gimena, no te encanta!

GIM. Sí, porque estás á mi lado.

MANR. Y para no volvemos á separar; dentro de dos dias seré tu esposo.

GIM. ¡Ah! en otra ocasión tambien íbamos á unirnos, mas la desgracia se interpuso con nosotros.

MANR. Entonces estaba yo en el ejército, y ahora habitamos bajo un mismo techo; las heridas que he recibido me privan volver á seguir la carrera de las armas; no deseo mas que pasar mis días á tu lado, hermosa mía, ¡ah! repíteme mil veces que me amas. (*Safira hace un movimiento de despecho.*)

GIM. Sí, te adoro Manrique; soy tan feliz con tu amor! hace seis días que llegaste, y para mí no han sido mas que un momento; se pasan las horas á tu lado, como un sueño delicioso.

MANR. ¡Criatura celestial! tu cariño es mi
existencia, si me hubieses sido infiel, si en los dos años de ausencia
hubieses dado tu corazón á otro, me
verías morir de desesperación; pero
he hallado á mi Gimena, tan amable, tan angelical como la dejé, ¡ah!
yo no encuentro palabras con que
pintarte mi amor y mi agradecimiento; y te juro que nunca tendrás
que arrepentirte, de haberme escogido por esposo.

GIM. Así lo creo; el que viva á tu lado,
tiene que ser feliz.

MANR. Somos muy venturosos.

GIM. En este momento sí; pero ¿sabes las
desgracias que pueden sobrevenirnos? y ¿si muriese mi padre!

MANR. Su pérdida seria para mí en extremo sensible, después de tí, es lo que
mas amo en la tierra.

GIM. Mucho ha llorado por su querido
Manrique, ¡cuántas veces le sorprendí en tu cuarto, contemplando con
el dolor retratado en su semblante,
tu ropa, tus libros, y cuantas cosas
habían sido de tu uso!

MANR. Pues bien, esta casa que vió nuestros inocentes juegos en la infancia,
que ha sido después regada con precioso llanto, vá á ver reinar la alegría
y el contento.

GIM. Permitalo el cielo; pero no estoy.

tranquili, todavia podian separarnos.
MANR. No estés triste vida mia, aleja de tí
toda idea melancólica, ¿quién se ha
de opouer á nuestra dicha?

SAF. (*Que se ha ido acercando con sigilo hasta colocarse detrás de Manrique y Gimena.*) Yo.

GIM. ¡Socorro, Dios mio, socorro! (*Huye despavorida, Manrique quiere seguirla pero Safira le detiene.*)

ESCENA IV.

MANRIQUE Y SAFIRA.

SAF. Detente, escuchame.

MANR. ¡Muger ó demonio que haces aqui!

SAF. (*con calma.*) ¡Que hago! contemplar
tu gracioso semblante pálido de ra-
bia... he escuchado las dulces pala-
bras que dirijas á Gimena; sin du-
da la quieres mucho.

MANR. No tanto como merece, mas dime, á
í quien vienes á buscar á este sitio!

SAF. A Manrique ¡ingrato! ¡has podido
creer que Safira viviría lejos de tí!
asi que noté tu fuga, me puse en
camino; he abandonado á mi Padre,
he venido á una tierra enemiga, so-
lo con la esperanza de ablandar tu
corazon; tengo inmensas riquezas,
marchemos de aqui donde tu quie-

ras, no tendré mas voluntad que la tuya... mirame llorando... contempla á la altiva Safira humillada ante un cristiano, porque te amo con enajenamiento, con delirio, porque no puedo vivir sin tu amor; habla, sacame de esta horrorosa incertidumbre, ¿puedo concebir la lisongera idea de darte algun dia el dulce nombre de esposo?

MANR. No, jamás.

SAF. ¡Con que no me amarás?

MANR. Te desprecio, miserable.

SAF. No me ames, despreciame; pero jura no unirte á Gimena, y parto, y no me vuelves á ver mas.

MANR. Safira, no quiero jurar, lo que no he de cumplir; en pasando dos dias, no seré libre.

SAF. ¡Dos dias...! nunca.

MANR. Huye de aqui, ó teme mi furor.

SAF. ¡Temerte! ¿no he despreciado por tí mayores peligros cuando te hicieron prisionero? ¿no me espuse á perder la vida por conservar la tuya? lo has olvidado; pero yo conservaré en mi memoria tu desprecio, no lo olvidaré, te perseguiré mientras viva, me gloriaré en tus tormentos, y no he de descansar, hasta verte separado de esa muger que abomino.

MANR. ¡Calla! te atreves á proferir amenazas! viven los cielos, que sabré ha-

certe callar, (*sacando un puñal.*) ves
este acero?

SAF. ¡Hiere cruel, este es mi pecho, ase-
sina á una débil muger! ¿no te atre-
ves? ¿tiemblas? la muerte de tu ma-
no, me será muy dulce, la recibiré
sin proferir una queja.

MANR. (*tirando el puñal.*) No me toca á mí
castigarte, hay justicia y un cielo,
que no deja impugne ningun crimen.

SAF. No he cometido ninguno, mañana tal
vez; mas que ruido. (*escuchando.*)

MANR. Vienen en busca mia; tú me salvas-
te la vida, ahora á mí me toca de-
fenderte; si te ven eres perdida, con
que huye, huye (*empujándola há-
cia la puerta del fondo*) y no me
vuelvas á ver mas.

SAF. Entregame á mis verdugos, no me
libres de ellos, no sea que tengas
que arrepentirte algun dia, y mal-
digas la hora en que me salvaste.

MANR. Parte que ya llegan.

SAF. A Dios á Dios ¡yo me vengaré! (*Va-
se por el fondo, al mismo tiempo
entran por la derecha, D. Lope, D.
Luis, Antonio y Nuño con luces.*)

ESCENA V.

D. LOPE, MANRIQUE, LUIS, ANTONIO
Y NUÑO.

D. LOPE. Manrique ¿quien acaba de salir de aquí?

MANR. Una muger á quien no conoceis.

D. LOPE. Antonio, Nuño, marchad en su seguimiento.

MANR. (*Poniéndose delante de la puerta.*) Deteneos, no saldreis por esta puerta; Luis, Antonio, quien acaba de marchar, es Safira.

LUIS Y ANT. ¡Safira!

ANT. ¡Virgen santísima! si me vé, no hay remedio... me mata ¡que os ha dicho! ¡os ha preguntado por mí! ¡decidme, estoy en brasas!

MANR. Desecha todo temor, estás seguro.

D. LOPE. (*á los criados*) Habeis desobedecido mis órdenes, y tú (*á Manrique.*) te has opuesto por primera vez á mi voluntad.

MANR. (*incando una rodilla.*) Señor... perdonad.

D. LOPE. Yo no he comprendido nada de lo que aqui pasa; Manrique, yo te lo mando, dí al momento, quien ha tenido el atrevimiento de ocultarse esta noche en mi jardin, y por que

te has opuesto á que se la buscase,
¡ah! si la hubiese hallado, bien ca-
ra habria pagado su temeridad; mi
hija, mi pobre hija queda en brazos
de Margarita, quasi sin sentido y
¿defiendes á quien tanto daño la ha
causado?

MANR. Padre mio, dispensad, no he tenido
con vos la confianza que debiera;
pero todo lo sabreis esta noche mis-
ma; ante todo vamos á socorrer á
vuestra Gimena.

D. LOPE. Ya voy, y tú puedes quedarte, por
si acaso la incognita tubiese que
volver; no temas que vengamos á
interrumpir vuestra conversacion.

MANR. Si tal hiciere, hundiera mi puñal
en su seno; auxiliando su fuga, no
he hecho mas que mi deber; por
ella habeis abrazado á vuestro Man-
rique, á ella la debo mi existencia,
sí, sus manos vendaron mis heridas,
y veló á mi cabecera noche y dia;
ahora decidme, á una persona á
quien debierais tan singulares fa-
vores ¿que hubierais hecho en mi
lugar?

D. LOPE. Lo mismo que tú; pero ¿me dirás
quién es?

MANR. Luis, tú contarás á nuestro buen pa-
dre, todas mis relaciones con Safira
¿si hermano mio?

LUIS. Si. (*vanse D. Lope, Luis y Nuño,*

*Antonio vá á marchar tambien, y
Manrique le detiene con fuerza.)*

ESCENA VI.

MANRIQUE Y ANTONIO.

MANR. Antonio ¿sabias que Safira estuviese en Segovia?

ANT. No Señor, ni pensé que sospechaseis de mí.

MANR. ¡Hay de tí si me engañas! no se me ha olvidado todavía manejar la espada, y el puñal.

ANT. Si os parezco sospechoso, me marcharé, Señor, bien sé que el salir de esta casa me costará la vida; pero ¿que importa morir si quedais tranquilo?

MANR. No hay necesidad de que salgas de casa, no obro tan de ligero; pero está seguro que se han de observar todos tus pasos, y si me vendes.....
¡tiembla!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

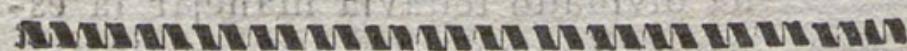


ACTO TERCERO.



osaviria) estivo con... el que se pide a la alcoba

Cuarto de D. Lope con puerta al foro, otra á la izquierda. á la derecha unas de cristal que son de la alcoba, habrá una mesa y un sillón.



ESCENA PRIMERA.

SAFIRA Y ANTONIO, entran por la izquierda, ANTONIO saca de debajo de la capa una linterna y la deja sobre la mesa.

ANT. Estás servida, yo aguardaré en ese oscuro pasadizo, y si acaso te se ofrece alguna cosa, no haces mas quedar dos palmadas á la puerta, y vengo al punto en tu socorro.

SAF. Está bien, dejame, quiero estar sola.

ANT. ¿Te incomodo?

SAF. No, pero...

ANT. No, pero estoy demas ¿es esto? yo me iré, pero te ruego que arregles las cosas de modo que marchemos de

aqui sin demora; todo el tiempo que permanezco en esta casa estoy temblando, desde que Manrique te vió ayer en el jardin, sospecha algo de mi fidelidad, ha tratado de sondarme; pero si, á buena parte venia, solo he dicho que si se cansaba de tenerme en su casa que me despida.

SAF. Y que te respondió?

ANT. Que no juzgaba con tanta ligereza; que permaneciese en su casa mientras quisiera, pero que se espiaran todos mis pasos; con que ya ves lo que sucede aqui, luego cuando voy á verte me parece que me observan.

SAF. No tengas miedo, en mi casa están creidos soy una viuda, que me es preciso estar oculta algunos dias por ciertos secretos que no me es posible revelarles; mi vestido de luto, mi humor sombrío, son circunstancias que conspiran á mi favor.

ANT. ¡Ojalá que mis presentimientos no salgan ciertos!

SAF. Eres un cobarde ¡que hombre tan odioso! (aparte.)

ANT. ¡Que ojos! parece que me quieres devorar con ellos, ¿sabes que no puedo soportar tu altaneria? acuerdate que no estamos ya en la alambrera, entonces tenia que obedecerste por fuerza, y ahora no tienes sobre mi ningun poder; ¿te parece poco

lo que hé hecho por tí sin haber recibido la menor recompensa?

SAF. La recibirás pronto desdichado, mañana saldremos de Segovia, sí, esta noche se cumplen mis deseos ¿lo oyes?
ANT. Sí, lo oigo, falta saber si mudarás de

parecer ésta noche,

SAF. Si parto me seguirás, y si me quedo no saldrás de aquí: ahora vete, dejame en paz renegado.

ANT. ¡Como! que has dicho!
SAF. Te asustas? solo esa palabra descubre de lo que eres capaz, un hombre que ha renegado de su Dios, es despreciado en todas partes.

ANT. (aparte.) Agradece el que no haya recibido el cofrecito de las joyas, pues entonces ya te sabría responder; mas no quiero por algunas palabras indiscretas, perder tan precioso tesoro; sufriré humillaciones, desprecios... pero al fin obtendré lo que tanto he deseado ¡dinero! este es mi destino... ¡maldita ambición! (vai a por la izquierda.)

ESCENA II.

SAFIRA, sola.

SAF. (Después de un momento de silencio:) Este es su cuarto, esta su alco-

ba; (*abre las vidrieras*) aquí duerme...yo juro que mañana descansará en la tumba...mañana, no tendré rival, ni Manrique amante; él padecerá, será infeliz, pero no tanto como yo; al menos ha conocido días venturosos, y los mios han sido de angustia y de tormento. (*se oye un reloj que dá las once.*) Las once, acaso venga pronto á buscar en el lecho reposo y solo hallará ¡la muerte! (*saca un pomo de el pecho*) este pomo encierra un veneno horroroso, lo verteré en su alcoba respirará el aire emponzoñado y perecerá ¿porque? ningún daño me ha hecho esa inocente y con todo voy á asesinarla, jah! esta idea me horroriza, me aterra, en vano espero caiga un rayo sobre mí, ó se hunda la tierra donde piso...todo está en calma, nadie viene á oponerse á mi maldad, y he jurado su muerte y jamás hice un juramento que no cumpliese, ¡que débil soy! mi mano tiembla... mas no hay remedio morirá, así estaba escrito, (*entra en la alcoba y vierte el pomo.*) cerraré la puerta, (*lo hace*) no salga ningún vapor, estendiéndose la ponzoña por esta habitación podría no ser mortífera, y ¡mañana! es el dia destinado para su himeneo... las galas se cambia-

rán en luto... yo le llevo tambien
(coje la linterna.) á Dios morada de
Manrique, en tu centro reina la fe-
lidad, muy en breve la alegría se
cambiará en desesperacion. (vase
por la izquierda.)

ESCENA III.

D. LOPE, LUIS Y NUÑO, el primero apo-
yado en el brazo de Luis, Nuño trae can-
deleros que deja sobre la mesa y vase.

D. LOPE. Querido Luis, puedes retirarte.

LUIS. No señor, esperaré que os durmais.

D. LOPE. Gracias hijo mio, agradezco tu cui-
dado, aunque es verdad que me
hallo algo indisposto, no por eso
tengo aprension.

LUIS. No me atrevo, ¿y si os empeorais?

D. LOPE. Nuño duerme muy cerca, no ten-
gas cuidado, nada me sucederá; mi-
ra, todos mis deseos eran ver á mi
Gimena casada con tu hermano; en
pasando mañana ya no sentiré mor-
rir: he vivido sesenta años, he sido
feliz, sí, mucho mi hija y vosotros
habeis contribuido á mi dicha, el
cielo me privó de la compañía de
una esposa adorada; pero su hija que
heredó sus virtudes, me ha hecho el

padre mas virtuoso de la tierra; pero hijo te entretengo sin acordarme que estarde, vaya á Dios. (*le abraza.*)

LUIS. Me esperaré á que os acosteis si me lo permitis, ¡tengo tanto placer en estar cerca de vos!

D. LOPE. Had lo que gustes. (*Entra en la alcoba y cierra las puertas, Luis se pasea por la Sala.*)

ESCENA IV.

LUIS, solo.

LUIS. Pues señor, esta noche no me acuesto serán las doce, dentro de dos horas es de dia, ¡ah! no hay perspectiva mas hermosa que ver salir el sol... mas ¡que veo! Gimena. (*viéndola entrar por el fondo.*)

ESCENA V.

GIMENA Y LUIS.

GIM. Calla, Luis.

LUIS. ¿Pues á que vienes?

GIM. Mi padre está malo hace algunos dias, ¿no has notado esta noche en la mesa que triste estaba?

LUIS. Pues pocas veces le he visto reir tanto.

GIM. ¡Hay! su alegría era forzada, lo he conocido, él sufre por no entristecernos.

LUIS. Y ¿qué quieres hacer aquí?

GIM. Pasar toda la noche sin que lo se-

pa, por si se pusiese peor.

LUIS. Pues en ese caso yo te acompañaré, pero ¿no soy yo suficiente? tú te dormirás.

GIM. No lo creas.

LUIS. ¿Estás triste?

GIM. Sí, mucho.

LUIS. ¿No amas ya á mi hermano? ¿sientes ser esposa suya?

GIM. No lo siento, tú sabes cuanto le adoro, es cierto que deseaba se suspendiese nuestra union por algunos dias, por ver si entre tanto mi padre recobraba la salud; mas asi que oyó mi súplica, no querida, medijo, aunque no me siento bueno, mi indisposicion es ligera, y por si acaso se agrava quiero verte esposa de Manrique, que es mi único anhelo; despues ya no sentiré morir.

LUIS. Gimena no seas aprensiva, eso no será nada, ya se pondrá bueno y todos seremos felices.

GIM. Dios lo quiera; pero estoy tan triste, Luis, si vieras, no sé lo que me pasa, parece que el corazon me anuncia alguna desgracia.

LUIS. No tienes motivo para estar melancólica; acuerdate cuando llorabas por mi hermano, y todos nuestros consuelos eran inútiles, pues en tu concepto le habian muerto ya, entonces te engañabas, ¿por qué no pue-

dé ser ahora lo mismo?

GIM. Dices bien; pero aquella muger que en el jardin me dijo se opondria mi dicha, debe estar oculta en Segovia; se me figura que me sigue todas partes, y veo continuamente alzado el puñal sobre mi corazon. Manrique me contó su historia, y la sabrás.

LUIS. Sí, y ¿sabes que Antonio se me figura ha de estar de acuerdo con Safira?

GIM. No puede ser; lo mismo es nombrar la tiembla de pies á cabeza, dice que mejor quisiera perder la vida que volver á su poder.

LUIS. Diga lo que quiera, á mi no me gusta; su mirada es de traidor, luego aquel aire tan encojido, aqué bajar la vista asi que le miran, no me agrada; él podrá ser muy bueno, pero en mi casa no estaria.

GIM. Pobre muchacho, es tan bueno, y le amo de todo corazon.

LUIS. Y yo es la única persona á quien a borrezco; soy franco, desde que le formé mal concepto de él; es un zalamero, la falta mas fea para mí que puede tener una persona.

GIM. Calla, no hablemos mas de él.

D. LOPE. (*dentro de la alcoba.*) ¡Socorro! socorro!

GIM. (*corriendo á la alcoba.*) ¡Dios mío mi padre!

LOPE. (con bata á la puerta de la alcoba cayendo moribundo en brazos de Gimena y Luis.) ¡Oh! ¡sacadme de aqui de esta alcoba, en ella está la muerte, sí, la muerte, llevadme donde no me abrase, dadme agua, agua por piedad!

GIM. (corriendo por la escena, con señales de la mayor desesperacion.) ¡Dios de misericordia socorrednos! Margarita, Antonio, Manrique, Nuño, socorro, socorro. (dá fuertes golpes en la puerta del foro.)

. **LOPE.** Hija mia, adorada Gimena, dame un abrazo. (Luis habrá colocado á D. Lope en el sillón, Gimena le abraza y se arrodilla á su lado.)

GIM. ¡Oh padre mio! si moris, yo no os sobreviviré.

. **LOPE.** Si querida, vive, yo te lo mando, tu padre moribundo te lo ruega, ¿desoirás su última súplica?

LUIS. (arrodillándose.) ¡Dios mio, salvad á mi padre, dejadle vivir! pobre hermana mia, no te engañaba tu corazon.

ESCENA VI.

Dichos y MANRIQUE, MARGARITA, ANTONIO Y NUÑO, entran corriendo por el foro, Nuño trae una luz.

ANT. ¡Que horror!

GIM. Traed agua, se abrasa.

D. LOPE. De nada me serviria, no te apartes de mi lado, (*á Gimena.*) viéndote se mitiga mi tormento... á Dio Manrique... mañana no podrá efectuarse vuestro enlace... pero que se pronto... yo desde la tumba bendeciré vuestra union.

MANR. ¡Desde la tumba! triste recurso ¡ah ver morir asi al mejor de los hombres y no poder salvarle!

MARG. Si muere mi amo, ¡que será de nosotros!

GIM. Padre mío, no me oye, espera muerte cruel un momento, oiga otra vez su voz, pueda estrecharme todavía contra su pecho...

D. LOPE. (*levanta la cabeza con sumo trabajo, Gimena y Manrique están de rodillas, Antonio hace que llora, Margarita, Nuño y Luis, sostienen al moribundo.*) Yo os bendigo... hijos mios... Manrique cuida de esta... pobre huersana... hadla feliz... á Dios Gime...na. (*muere.*)

GIM. ¡Hay! (*cae desmayada.*)

MANR. ¡Ha muerto!...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala pobre con puerta á la derecha, á la zquierda una mesa y una silla, en frente del espectádor una ventana cerrada.

ESCENA PRIMERA.

SAFIRA, sentada con un brazo apoyado en la mesa.

SAF. ¡Que noche tan horrorosa he pasado! ¡como me pesa el delito! (se levanta.) he quitado la vida á una infeliz que nunca, nunca me hizo el menor daño; pero Antonio no ha venido en todo el dia, ignoro todavía si ha muerto...oh! mas valiera que no: entonces mi corazon descansaria, y no veria estas sombras que me persiguen...mas el veneno era muy eficaz... no hay dada, ya no existe, y yo me he convertido en asesino; pero no he vertido sangre, mis manos no están manchadas... pero en mi frente se verán las señales del crimen; (se cubre el rostro con las ma-

nos y cae medio desfallecida en la silla, despues de un momento continua.) desventurada Safira, que miserable estado es el tuyo!... en redor de mi todo es espantoso... esta triste estancia... estos muebles... todo demuestra miseria y dolor ¡porqué dejé á Granada! alli las caricias de un tierno padre, los consuelos de la amistad... todo lo he abandonado... soy un monstruo, y ¿quién me trasformó de este modo? una frenética pasion... que penosa es la existencia cuando no hay esperanza de ser feliz, cuando se pasan los dias en el llanto, y las noches en la desesperacion, ¡oh! que suplicio tan eterno.



ESCENA II.

SAFIRA Y BLANCA.

BLANC. ¿Se os ofrece algo señora?

SAF. No, puedes retirarte.

BLANC. (aparte.) La franqueza me gusta, á todos llama de tu: me pareció que llamabais, y por eso me tomé la libertad de entrar aquí.

SAF. Gracias Blanca, agradezco tu cuidado, dime ¿has visto á Antonio?

BLANC. ¿No sirve en casa de D. Lope?

SAF. Sí.

BLANC. No habrá tenido tiempo, ¿sabeis lo que ha sucedido anoche?

SAF. (con precipitacion.) ¡Qué, acaba!

BLANC. ¡Oh! es una cosa atroz.

SAF. Pero que es, habla, sacame de esta cruel incertidumbre.

BLANC. Pues escuchad: D. Lope se acostó anoche algo malo, no quiso que se quedase nadie en su cuarto; pero su hija que es un ángel...

SAF. ¡Ha muerto!

BLANC. Dejadme contar, ¡que viva sois! como iba diciendo, la señorita Gimena...

SAF. Antes de todo por piedad, dime, la ha sucedido alguna desgracia.

BLANC. Y muy grande.

SAF. ¡Me has engañado! ¿no decías que no había muerto?

BLANC. No he dicho que ha muerto; señora oidme.

SAF. Yo no te entiendo, pierdo el juicio, mi cabeza arde...yo muero.

BLANC. ¡Que trastorno Dios mio! ¿que teneis?

SAF. Nada, nada, acabame de contar esa historia, deseo saberla, me interesa.

BLANC. Apenas hacia un cuarto de hora que D. Lope estaba en la cama, empezó á pedir socorro; entra su hija que velaba por temor de que se pusiese peor, y le halla moribundo; todos los de la casa se levantaron; pero no dió tiempo para hacer ningun

remedio, y espiró al poco rato, había un olor tan asqueroso en la habitacion, que todos se pusieron malos; esta mañana para abrir las ventanas, tuvo el criado que entró, que cubrirse con un lienzo bien empañado en esencias, y dicen que había un humo... ¡Hay Dios! los malos espíritus le han muerto, un señor tan bueno... escuchad, ahora vá á pasar su entierro. (*se oye música fúnebre, Blanca abre la ventana.*)

SAF. ¡Su entierro por aquí! no quiero verlo, cierra esa ventana ó señalame un lugar donde pueda ocultarme.

BLANC. (*aproximándose á la ventana.*) Y porqué? ¿teneis miedo?

SAF. Si, si, quiero marchar de aquí.

BLANC. Mirad ya pasa, (*Se vé cruzar por la calle lentamente el entierro, irán algunos sacerdotes con luces, y detrás pueblo, al pasar el ataúd, Sáfira alza la cabeza, al verle cae de rodillas.*) parece que vá durmiendo, ¡oh! yo aseguro que no está tan pálido como vos!

SAF. Perdona, desgraciado anciano, la mano que te asesinó. (*cesa la música.*)

BLANC. ¡Que hablais de asesinato! ¡y porqué estais en esa postura.

SAF. (*levantándose.*) Escucha Blanca; pero que nadie nos oiga, crees acaso que la muerte de D. Lope ha si-

do natural? pues te engañas, algun infame se ha introducido en su cuarto, y le ha quitado la vida.

BLANC. No es posible señora.

SAF. (*aparte dejándose caer en una silla con el mayor abatimiento.*) ¡Hay de mí! es demasiado cierto.

BLANC. ¿Quien ha podido deciros tal cosa? no lo creais, es una impostura.

SAF. Nadie me lo ha dicho, presuncion mia, no hagas caso de cuanto me oigas, yo misma no sé lo que digo.

BLANC. En vano quereis ocultarlo, no estais buena, os veo tan demudada... habeis hecho tales estremos...

SAF. Blanca, necesito estar sola para sosegarme, hadme la gracia de retirarte por algunos momentos.

BLANC. Dios os guarde.



ESCENA III.

SAFIRA, sola.

SAF. ¡Que he dicho! cualquiera hubiera conocido la verdad, el dolor trastornó mi razon... pero Blanca, la sencilla Blanca, no habrá comprendido nada, yo no estaba en mí, apenas conservo ya idea de cuanto he visto... sino marcho de aquí perderé el

juicio. ¡Oh Alá! privame antes de la existencia.

ESCENA IV.

SAFIRA Y ANTONIO, entra apresurado.

ANT. Es preciso ponernos en salvo al momento, Luis, el hermano de Manrique, me ha llenado de injurias, me ha arrojado de su casa, á pesar de los ruegos de Gimena, que decia ella creia en mi inocencia; pero él ha estado inflexible, ha jurado indagar el lugar donde te ocultas y delatarnos á la justicia.

SAF. Pero ya es tarde, vá á anochecer hasta mañana...

ANT. Es imposible, toda dilacion nos seria perjudicial, acaso en este momento saben ya donde te has alojado; tienen ya cercada la casa, ¡oh que horror! veo como me sujetan con fuertes cadenas, veo la prision horrible, y por ultimo... un patibulo.

SAF. Sosiegate, no nos amenazan tantos peligros como tu quieres suponer, dime ¿cómo no has venido á verme en todo el dia?

ANT. Porque he estado muy ocupado con la muerte de D. Lope.

SAF. ¡Dí pérfido! ¿que interés fué el tuyo

- al engañarme?
- ANT.** Ninguno; como hace pocos días que estaba en la casa, equivoqué las habitaciones; pero si tu venganza no está satisfecha, introduceré tambien esta noche, y haz cuanto sea de tu gusto con tal que yo no intervenga en nada.
- SAF.** ¡Apartate de mi vista hombre maldito! ¡harto sufre mi corazon con una muerte! mira escucha, (*le coje por la mano, le lleva á la ventana y le señala la calle.*) por aqui ha pasado su entierro, yo estaba aterrada, moribunda, parecia que el cadaver me miraba, y señalandome con la mano, gritaba á los que le acompañaban; aquella es mi asesino, ¡oh! no hay duda, su voz sonó en mi oido, yo no podia sufrir el exceso de los remordimientos...¡como envidiaba su suerte!
- ANT.** Pues es envidiable á fé; mas no gastemos el tiempo, yo marcho, te esperaré donde quieras, todo el mundo no seria capaz de detenerme.
- SAF.** Vete, yo hasta mañana no partire.
- ANT.** ¿Y los diamantes?
- SAF.** (*saca del cajon de la mesa un cofrecito.*) Aquí están; pero me quedare con algunas joyas, estas pobres gentes que tan bien se han portado conmigo, ¿no las he de hacer una fineza?

ANT. Todo lo que hay en esta caja es demasiado bueno para ellas, con har-
ta liberalidad les has pagado; ven-
dria bien que Blanca con sus toscos
vestidos, se pusiera un collar de per-
las ó de gruesos granos de ambar.

SAF. Ya que te resistes á que les dé al-
guna cosa, al menos permiteme que
saque yo unas monedas para hacer
el viage; todo lo demás será tuyo.

ANT. ¡Ni un maravedí, esto es mio! (*coje el cofrecito.*)

SAF. ¡Quieres dejarme espuesta á la ma-
yor miseria! por el divino profeta
ten piedad de mí, no permitas que
Safira se vea en la triste necesidad
de recibir el sustento de la caridad
pública ¡hay de mi! todayia me
faltava que esperimentar esta des-
gracia, mas no te creo capaz de que
albergues en tu corazon tan enorme
maldad.

ANT. No me detengo mas, á Dios. (*vá á salir, Safira con un movimiento de desesperacion, corre hacia él, le detiene por el vestido con tal fuerza que le tira al suelo, Antonio suelta el cofre, lo coje Safira y lo guarda en el cajon de la mesa.*)

SAF. Ahora he conocido toda la bajeza de
tu alma, parte si quieres, eres li-
bre...pero todayia eres pobre.

ANT. No me aterran tus palabras, la fuer-

za es la que vence, (*vá hacia la mesa, Safira cierra el cajón saca la llave y corre á la ventana, Antonio la sigue.*) dame esa llave.

SAF. (*después de tirarla por la ventana.*) Toma. (*le dá un bofetón.*)

ANT. ¡Infeliz! llegó tu hora postrera, me has privado del único bien que apetecea; pero no gozarás de tu triunfo; ahora me toca á mi decírtelo, toma. (*saca un puñal y la hiere.*)

SAF. (*cayendo sobre una silla.*) ¡Me has muerto! socorro! socorro!

ANT. (*derriba la mesa, la dá algunos golpes hasta que consigue abrirla*) Cofre divino ven, tu serás mi delicia. (*va á salir al mismo tiempo que entran Blanca, Tello y Gonzalo.*)

ESCENA V.

Dichos BLANCA, TELLO Y GONZALO.

TELLO. Señor Antonio, detengase usted; ¿quien pide socorro?

BLANC. (*viendo á Safira.*) ¡Oh Dios mio! la señorita herida y quasi muerta! Tello deten á ese hombre.

TELLO. Venid conmigo, yo os llevaré donde pagueis vuestras culpas, que ibais á hacer con eso? (*señalando el cofre.*)

BLANC. (*yendo hacia Antonio.*) ¡Ladron! ¡asesino! esto no es vuestro. (*le quita el cofre.*)

ANT. ¡Oh tormento! ¡oh desesperacion! á Dios precioso tesoro, todavia has de volver á mi poder.

TELLO. Ya lo veremos. (*vanse Tello y Antonio.*)

BLANC. Ven Gonzalo, llevaremos á esta dama á su cama vendaré sus heridas, el cielo quiera no sea demasiado tarde.

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.



La misma decoracion del acto anterior.



ESCENA PRIMERA.

BLANCA Y TELLO.

BLANC. Yo te juro que no saldrá de aqui
TELLO. ¡Es fuerte cosa que no se ha de ha-
cer caso de lo que yo diga!

BLANC. Cuando dices disparates como aho-
ra, no.

TELLO. Está bien, pero si la casa se nos hunde ó nos sucede cualquiera otra desgracia no tienes que quejarte.

BLANC. No temo que Dios me castigue, por haber socorrido á una Mahometana.

TELLO. Vivir en mi propia casa una mora, vamos, que me has de hacer volver loco.

BLANC. Antes me has de quitar á mí la vida.

TELLO. Mas por qué tomarte tanto interés por esa muger?

BLANC. Te acuerdas que mi padre estuvo prisionero en Granada tres años?

TELLO. Sí me acuerdo

BLANC. ¡Y no le oiste contar que un moro hermoso, gallardo, á quien servía, le cobró tal cariño que si no hubiera estado casado habria pasado con él toda la vida?

TELLO. Se lo oí mil veces, porque á Dios gracias repetia bastante las cosas; pero que concesion guarda aquello con lo que hablamos ahora?

BLANC. Aquel moro se casó, y el dia de su boda dió libertad á mi padre, despues de haberle colmado de beneficios; cuando esta mañana apuraba yo á Safira para que se confesara, se vió en la precision de decirme que no era cristiana, me habló de su padre, y despues de muchas preguntas y respuestas vine en conocimiento que era el bien hechor del mio.

TELLO. Si me hubierais dicho eso desde un principio... yo como no lo sabia... el miedo es tan natural...

BLANC. Confiesa que eres sensible, porque aunque esa señora no fuese quien es; puedes creer que no habria salido de mi casa, en un estado tan lamentable como el que se halla.

TELLO. Mudemos de conversacion, ¿qué ha dicho el cirujano?

BLANC. Aseguró que viviría todo el dia si se estaba en cama, pero se ha empeñado en vestir; dice la es indiferente vivir algunas horas mas ó menos.

TELLO. Y ¿dónde está?

BLANC. En su dormitorio, ahora vamos á traerla aquí, cierra esa ventana mientras voy por ella, no entre aire.

ESCENA II.

TELLO, solo.

TELLO. (cerrando la ventana.) ¡Pobre muger, tan joven, tan hermosa, y no ser cristiana! que lástima me dá.

ESCENA III.

BLANCA Y GONZALO, traen á Safira en una silla de brazos.

BLANC. ¿Donde quereis que os dejemos?

SAF. Aquí cerca de la mesa, (vanse Tello y Gonzalo.)

BLANC. ¿Teneis dolores?

SAF. Sí, horrorosos, mira, dame esa caja que tan cara me ha costado; (*Blanca se la dá, Safira la toma y la abre.*) este collar de perlas le gastarás en mi nombre, y tambien esta sortija.

BLANC. No señora, ¡para qué quiero yo unas cosas tan buenas!

SAF. Para que te acuerdes de mí.

BLANC. (*tomándolo.*) Mil gracias, estas prendas las conservaré toda mi vida, no para acordarme de vos, pues sin ellas os tendré siempre en mi pensamiento.

SAF. ¿Qué hora es?

BLANC. Las seis, pero está tan nublado que parece de noche.

SAF. ¡Que dia tan triste! ¡ya no veré mas el sol! (*inclina la cabeza y llora.*)

BLANC. ¡Llorais!

SAF. Si querida, mas no creas es de pesar porque dejo este mundo, hace tiempo que la vida era para mí una carga insopportable.

BLANC. Habreis sufrido muchas desgracias.

SAF. He padecido bastante.

BLANC. ¡Si vuestro padre os viera!

SAF. ¡Mi padre! ¡ah! no le nombres Blanca, no le nombres, si me viera moriria de dolor.

BLANC. Sosegaos señora.

SAF. Sí, debo sosegarme, lo necesito, tenia que pedirte una gracia.

BLANC. Cual señora, hablad, disponed de mí.

SAF. ¿No has dicho que vive muy cerca la hija del difunto D. Lope?

BLANC. Si, en esta misma calle.

SAF. Pues escucha: tu hijo Gonzalo puede ir en un momento y decir á Manrique y Gimena que vengan, que no tarden, una muger espirando es quien les llama.

BLANC. ¡Con que los conoceis!

SAF. Si, si, les conozco, pero Blanca no te detengas, mi vida será muy corta, si no vienen al momento moriré sin tener el consuelo de verlos.

BLANC. Voy al punto á obedeceros.

ESCENA IV.

SAFIRA, sola.

SAF. Quiero pedirle perdon, quiero verle por última vez, ¡Manrique! ¡Manrique! que bien suena este nombre á mi oido, sí, es delicioso.

ESCENA V.

BLANCA Y SAFIRA.

BLANC. Ya ha marchado, dentro de pocos minutos estarán aquí, ¿temblais?

SAF. Tengo frio.

BLANC. ¡Frio!

SAF. (cada vez habla con mas debilidad.) Sí, es el de la muerte, poco tiempo viviré.

BLANC. (*llorando.*) Esas palabras traspasan mi corazon.

SAF. ¿Con que tanto me amas?

BLANC. Como á una hermana.

SAF. ¡Ah! ¡tu no sabes cuán gratas son á mi alma esas palabras, es tan dulce verse al lado de algunas personas que nos amen á la hora terrible de la muerte! ya que no oiga los tiernos consuelos de un padre, ya que me hallo separada de toda mi familia, al menos puedo llorar en el seno de una amiga generosa.

BLANC. ¡Generosa! no hago mas que mi deber en amaros, y quisiera poder aliviar vuestros males, pero sois tan reservada.

SAF. Si te refiriese mi vida pasada, acaso dejáras de quererme, por eso quiero guardar silencio, respeta mi dolor.

BLANC. Me parece que siento ruido, será mi hijo, (*yendo á la puerta.*) no me engañé, ya están aqui. (*vase.*)

SAF. ¡Hay!

ESCENA VI.

SAFIRA Y MANRIQUE.

MANR. ¡Que veo (*viendo á Safira.*) eres tú Safira, tú y espirando!

SAF. Yo no podia morir sin volverte á ver, tenia que decirte muchas cosas, vamos á separarnos para siempre, y tú no lo sientes ¿no es verdad? me aborreces.

- MANR. ¡Aborrecerte, no, te compádezcó!
- SAF. Y ¿podrás perdonarme? he sido tan perversa... si supieras...
- MANR. Te perdono de todo corazón, y siento en extremo tu muerte; ¡y si yo pudiera alargar tu existencia!
- SAF. Solo serviría para aumentar mi martirio.
- MANR. ¡Y Antonio! pues no dudo que estaría contigo.
- SAF. Él es quien me ha herido.
- MANR. ¡Infame! y ¿dónde está?
- SAF. Está preso, él pagará su delito.
- MANR. ¡Pérfido! él habrá muerto también al que me sirvió de padre, no lo sospechaba; pero ahora lo creo.
- SAF. (con precipitación.) ¡No, no ha sido él! no le culpes sin motivo.
- MANR. ¿Pues quién? habla, responde.
- SAF. ¿No lo adivinas?
- MANR. ¡Cielos! ha sido por ventura... pero no, no es posible... tu no eres tan vil.
- SAF. Si, Manrique... yo... fui...
- MANR. ¡Oh Dios! ¿que te había hecho aquel infeliz?
- SAF. Yo no quería que él muriese.
- MANR. ¡Acaso era yo la víctima destinada!
- SAF. Tampoco, sabelo al fin, era... tu querida.
- MANR. ¡Querías asesinar á Gimena, y te atreves á decirmelo!
- SAF. Has jurado perdonarme; por compasión endulza mi última agonía con palabras menos duras, ya no soy aque-

Illa Safira vengativa y soberbia, soy una infeliz moribunda que llora arrepentida sus pasados errores.

MANR. Llora desventurada...yo te perdono.

SAF. ¡Ah! me has quitado un peso de aqui del corazon....pero tienes que hacerme un jura mento, es la ultima gracia que te pido.

MANR. ¡Qué quieres de mí todavía!

SAF. Que tu amante nunca sepa que yo la he privado de un padre, ella me maledeciría á cada instante.

MANR. No lo sabrá, te lo prometo.

SAF. Ahora ya, venga la muerte cuando quiera; pero mira, yo no mandé que vinieras tú solo.

MANR. Gimena ha venido tambien; está con Blanca, acaso quieres verla?

SAF. Y por qué no?

MANR. (llamando.) Gimena.

ESCENA VII.

Dichos y GIMENA.

MANR. (cogiéndola por la mano y acercándola á Safira.) Ven consuela á Safira arrepentida.

GIM. (turbada.) Señora.

SAF. Joven, ¿podré llevar á la tumba tu perdón?

GIM. (tomando afectuosamente las manos á Safira.) ¡Y de que os he de perdonar? vos no me habeis hecho la menor ofensa.

SAF. (aparta con fuerza sus manos de las de Gimena con movimiento de desesperación, se levanta de la silla y habla con vehemencia.) No me toques, huye, mi aliento solo puede emponzoñarte, tú que eres tan pura como el céfiro de una mañana de primavera... alejate de mí, ¡no ves mis manos manchadas con el crimen! ¿Ves ese pomo? ¿ves el licor horrible que contiene? pues es mortífero, solo su hedor...mata, vete, vete sino quieres morir. (al pronunciar la última palabra cae desfallecida en el sillón.)

GIM. Delira y se muere.

MANR. ¡Blanca! (entra Blanca.)

BLANC. No es mas que un desmayo. (la aplica algunas esencias á la nariz, después de un momento levanta Safira la cabeza y habla con suma debilidad.) ¡Ah! gracias á Dios ya vuelve.

MANR. Sí, su corazon palpita, Safira vuelve en ti.

SAF. ¿Donde estoy? Manrique ¡ah! estás aquí, haces bien, no me dejes, tengo miedo, Gimena ¿ves esa caja? (señalando el cofrecito que está sobre la mesa.) aceptalá, deseo que los adornos que encierra te sirvan para el dia de tu boda... acercaos, (coje á Manrique una mano, otra á Gimena y las une.) sed felices y virtuosos...el monstruo muere ya, nadie se gloriará en haceros pa-

decer...dignos sois el uno del otro,
¿podeis mirarme sin horror?

GIM. ¡Callad! me haceis morir.

SAR. Lloras por mí y debias desear mi muerte...estoy helada, apenas toco vuestras manos...mi vista se ofusca...se entorpece...mi lengua...Man...ri...que....
(espira.)

BLANC. ¡Dios de mi alma!

GIM. Ya no respira ¡ha muerto! (llora.)

MANR. ¡Dios mio! perdonadla. (momento de silencio, despues Manrique dice á Gimena. Enjuga el llanto, en pocos dias has presenciado tristísimas escenas; pero ya no te resta mas que ser feliz al lado de tu esposo.

FIN.

